

ÍNDICE

Prólogo	11
---------------	----

PARTE I

CONSEJOS SOBRE EL DESARROLLO LINGÜÍSTICO Y COMUNICATIVO

Capítulo I. ¿Cómo aprendemos a hablar?.....	21
Capítulo II. ¿Cuándo sospechar que el desarrollo comunicativo del bebé es diferente? ¿Cómo puedo ayudarle?	31
Capítulo III. Diez consejos para favorecer la comunicación y el lenguaje de nuestros hijos	51
Capítulo IV. El aprendizaje de idiomas: un reto para las familias monolingües	55
Capítulo V. Un desarrollo del lenguaje en igualdad de género	63
Capítulo VI. Aprendiendo sobre el desarrollo del lenguaje y la alimentación en los bebés	73
Capítulo VII. Música y lenguaje: ¿Cómo favorecer el desarrollo del lenguaje a través de la música?	79
Capítulo VIII. La música en el desarrollo temprano del bebé	87

PARTE II

CONSEJOS SOBRE EL DESARROLLO LITERARIO

Capítulo IX. Criterios para elegir libros para los más pequeños	97
Capítulo X. Cómo contar cuentos a los más pequeños	105
Capítulo XI. Cuentos de hadas. ¿Por qué contarlos y cómo actualizarlos para educar en la igualdad de género?	113
Capítulo XII. La incorporación de nuevas temáticas en las lecturas infantiles	119
Capítulo XIII. Poesía para la vida en familia	127

CAPÍTULO I ¿CÓMO APRENDEMOS A HABLAR?

Nuria Polo

Universidad Nacional de Educación a Distancia

La adquisición del lenguaje es un proceso espontáneo, que no necesita instrucción explícita y que se lleva a cabo muy rápidamente de manera inconsciente. Cualquier bebé rodeado de adultos que le hablen comenzará a hablar. Por eso, a este proceso lo llamamos adquisición, y no aprendizaje, como sería el caso del aprendizaje de la lectoescritura, proceso que requiere un aprendizaje explícito y dirigido. Se trata, en definitiva, de un aprendizaje natural, como aprender a andar.

Este proceso es universal. Esto quiere decir que todos los niños aprenden a hablar en el mismo periodo de tiempo, en un plazo sorprendentemente corto, dada la complejidad del proceso; pasan por las mismas etapas, independientemente de la lengua o lenguas que adquieran; incluso los niños sordos, que aprenden lenguas de signos, muestran las mismas etapas del proceso.

Frente a otro tipo de conocimiento, la adquisición de la lengua materna es un conocimiento perdurable. Una vez que hemos adquirido el lenguaje, este no se olvida. Los caminos que se han creado durante la adquisición de la lengua materna permanecen estables en nuestro cerebro, aunque podamos aprender otras lenguas a lo largo de nuestra vida u olvidemos esta lengua materna, al cambiarnos de país siendo niños, por ejemplo.

Ya, desde el periodo intrauterino los bebés están recibiendo cómo es la lengua de su entorno desde los cinco/seis meses, desde el momento en que se desarrollan los receptores del oído en el vientre materno. El órgano de la audición es uno de los pocos completamente maduro al nacer. Por eso, cuando nacen prefieren la música que han oído o sonidos familiares de los cuentos que les han contado durante el periodo gestacional. Gracias a los ultrasonidos, a los movimientos del bebé dentro del vientre materno (la tasa de patadas) y a la frecuencia en la tasa cardíaca, podemos conocer la sensibilidad de los bebés a los sonidos lingüísticos durante los últimos meses del embarazo.

Del mismo modo, los órganos de la fonación comienzan su formación aproximadamente a las 25 semanas de gestación y es entonces cuando se forma el paladar duro, que debe cerrarse, al igual que se deben separar la cavidad oral y la cavidad nasal para un correcto desarrollo de los órganos fonadores.

Para desarrollar el lenguaje se hace necesaria cierta estimulación lingüística, los niños deben estar expuestos a una o varias lenguas. No obstante, nuestra capacidad para aprender una lengua se reduce tras el denominado *periodo crítico* o *sensible*, periodo por el cual se va perdiendo la capacidad de aprender una lengua con la competencia de la lengua materna. Los expertos no se ponen de acuerdo sobre cuándo se produce, hablan de cierres parciales a los tres años, a los siete, a los trece y recientes estudios apuntan hasta los dieciocho años. Por eso, pasados estos hitos nos cuesta tanto aprender, al menos, la pronunciación de las lenguas extranjeras como un nativo.

Trabajar con bebés y niños pequeños es muy difícil, especialmente si queremos saber cómo aprenden a hablar, cuando todavía no son capaces de hablar. ¡Cómo les vamos a preguntar si conocen tal o cual palabra, si no nos pueden contestar! Hasta no hace mucho tiempo teníamos un conocimiento escaso sobre el proceso de adquisición de la lengua materna, basado en observaciones parciales hechas a menudo por los propios padres. Hoy gracias a los avances en las técnicas de experimentación y al desarrollo de nuevas tecnologías conocemos con mayor precisión cómo se realiza este proceso.

Por ejemplo, para averiguar cómo comienza la percepción del lenguaje, los experimentos se inician con tareas de habituación de sonidos. En primer lugar, se presenta un estímulo al bebé como [pa pa pa pa]. Tras uno o dos minutos de exposición, el bebé se ha habituado al estímulo y pierde, por tanto, interés. En ese momento se le presenta un estímulo nuevo, [ba ba ba ba]. Si se observa una diferencia en su comportamiento se puede inferir que es capaz de distinguir entre ambos tipos de sonidos. A partir de esta tarea, hay tres formas básicas de conseguir medir este comportamiento en bebés muy pequeños: *a)* se conecta al bebé a un chupete que está unido a una máquina y se mide la tasa de succión, un cambio en la velocidad de succión indica la recuperación del interés y, por tanto, la percepción del sonido; *b)* se mide el tiempo de reacción y de duración de la mirada hacia un elemento expuesto al bebé a partir de sistemas de seguimiento ocular automático (*eye-trackers*), el cambio en el lugar de la mirada o el tiempo que tarde en reaccionar son indicativos de la percepción del sonido nuevo; *c)* se coloca al bebé entre dos altavoces. Si distingue entre estímulos, se espera que gire la cabeza hacia el altavoz por el que se está emitiendo el sonido nuevo para él.

Cuando son más mayores, cuando ya hablan, solo tienen que responder de alguna manera, no necesariamente usando lenguaje, por ejemplo, señalando a las preguntas que se les hace sobre imágenes que se les muestran.

Hasta la segunda mitad del siglo XX, los diarios que a menudo los propios padres interesados por la ciencia, normalmente psicólogos o lingüistas, recogían de sus hijos eran la principal fuente de datos. No obstante, estos primeros trabajos normalmente respondían a las impresiones subjetivas de los progenitores. Actualmente existen bases de datos de acceso libre en Internet, que se analizan con técnicas computacionales.

También existen otras formas de medir de manera indirecta el desarrollo del lenguaje, relacionadas con los estudios longitudinales: los inventarios para padres. Uno muy usado es el *Inventario de Desarrollo Comunicativo MacArthur*, baremado en todas las lenguas del país, en el que los padres tienen que contestar a una serie de preguntas para valorar el desarrollo de lenguaje de sus hijos entre los 8 meses y los 2 años y medio.

También se utilizan sencillos experimentos, que se basan en provocar la producción o la repetición/imitación de los fenómenos lingüísticos que estamos interesados en analizar. De los niños se espera que produzcan palabras o frases provocadas con el experimento. Cuando hay algún problema en el desarrollo y el logopeda tiene que evaluar el tipo de lenguaje, se usan este tipo de procedimientos también.

En los últimos años, además podemos saber qué está ocurriendo en el cerebro de los bebés a partir del desarrollo de técnicas de imagen cerebral. Al ser tan pequeños se les pueden realizar siempre pruebas no invasivas, como pruebas de electroencefalografía (EEG) para medir los cambios en la actividad eléctrica cerebral, de encefalografía magnética (EGM) para medir los campos magnéticos cerebrales, y técnicas como IRM y NIRS, que miden la tasa de oxígeno en sangre. Ninguna de estas técnicas les causa dolor y nos permite conocer cómo funciona su cerebro.

A pesar de todo, lo que los niños dicen o hacen es solo un reflejo parcial de lo que saben. Analizar la competencia lingüística de los bebés es muy difícil y solo se puede realizar a partir de datos indirectos basados en su comportamiento, como pone de manifiesto el llamado *fenómeno fis*, efecto que muestra que los niños perciben perfectamente los sonidos de su lengua, aunque no sean capaces de producirlos correctamente todavía, pero si los adultos los pronuncian como ellos, se dan cuenta y no les gusta nada.

Antes de que el lenguaje comience a desarrollarse, es necesario cierto grado de desarrollo motor, el descenso de la laringe a la posición adecuada y cierta maduración cerebral, ya que, aunque todos los órganos están presentes al nacer, su disposición, tamaño y funcionamiento no es idéntico al de los adultos. Cuando los bebés nacen pueden respirar y succionar a la vez, porque la laringe se encuentra en posición horizontal, de forma que el velo del paladar y la epiglotis están muy cerca, úvula y epiglotis se tocan. Acústicamente tiene como consecuencia que el sonido salga amplificado, lo cual es muy ventajoso para el llanto. Y a medida que los bebés crecen, la laringe desciende, desde la vértebra c4 en el niño hasta la c7 en el adulto, y se coloca de forma vertical lo que le permite un control total de la fonación y el habla. Con esta laringe vertical, los adultos no podremos respirar y comer a la vez.

Además, tienen que pasar varios meses de vida para que consigan un dominio total de los labios, de la mandíbula, del velo del paladar, pero, sobre todo, de la lengua, el músculo más importante en la articulación de los sonidos. En comparación con el resto de los órganos, la lengua de un bebé es muy grande al nacer, lo cual favorece la alimentación y le permite succionar correctamente, pero necesitará tiempo para aprender a controlar los delicados y finos movimientos necesarios para el habla.

Desde el nacimiento, los bebés prefieren los sonidos lingüísticos a otro tipo de material auditivo, así prefieren la voz humana a cualquier otro tipo de ruido, y dentro de las voces humanas, prefieren la voz de la madre a cualquier otra voz debido a la experiencia intrauterina. Pero lo que más les gusta es que sus mamás les canten canciones, aunque no entonen bien, se tranquilizan oyendo las melodías en las voces de sus mamás. De hecho, a los 6 meses prefieren escuchar el canto al habla.

Además, los bebés encuentran especialmente agradable lo que se denomina el *maternés/paternés* o el *lenguaje dirigido a los bebés y niños*. Este tipo de habla especial con la que nos dirigimos a los bebés se caracteriza porque se exageran los acentos, presenta una entonación agradable, suele ser un habla más lenta con una pronunciación más clara, más pausas, frases cortas y muchas repeticiones. Esta manera especial con la que nos dirigimos a los bebés tiene una razón de ser: les ayuda a adquirir el lenguaje, crea un vínculo con los adultos de su entorno y les ayuda en la regulación emocional. ¡Y esto sale de manera espontánea a cualquier adulto en presencia de un bebé!

Desde el nacimiento, comienza un proceso de discriminación descendente de sonidos. Esto significa que al nacer somos capaces de distinguir cualquier sonido de cualquier lengua del mundo, capacidad que se mantiene intacta más o menos hasta los 6 meses. A partir de entonces y hasta el primer año de vida esta capacidad se va perdiendo, y a partir del primer año, ya solo nos centramos en la detección de los contrastes correspondientes de la lengua a la que estamos expuestos, por lo que a partir de entonces tenemos muchas dificultades para diferenciar los sonidos propios de lenguas que no son la nuestra o las nuestras. Por eso, cuanto más mayores nos hacemos más nos cuesta percibir los sonidos nuevos de las lenguas que aprendemos de adultos.

Además, los bebés son sensibles a la prosodia (entonación, acento, ritmo) de las lenguas desde edades tempranas. Los bebés discriminan las lenguas por la prosodia desde el nacimiento: a los dos días de nacer discriminan cualquier lengua solo por la melodía, pero a los dos meses de vida, los bebés ya solo distinguen la prosodia de su lengua materna, solo diferencian lo que es su lengua de lo que no lo es.

Independientemente de la lengua a la que estén expuestos, entre los 6 y 8 meses de edad los niños comienzan a segmentar el habla. Parece que a partir de esta edad reconocen las secuencias posibles en sus lenguas. Por ejemplo, a esta edad se darían cuenta de que en español es más probable una sílaba que empiece por pr- que rp-. Este conocimiento les ayuda a reconocer los límites entre unidades y les permite saber lo que es una palabra. También los bebés son sensibles a los cambios de acento desde los dos meses de vida, aunque parece que los humanos poseemos una preferencia innata hacia secuencias acentuadas seguidas de no acentuadas, hacia las palabras llanas.

Todo este conocimiento no solo les permite entender el habla, sino que es un requisito previo para poder emitir sus propias palabras. Por eso, se tienen que cumplir estos hitos en el desarrollo de la percepción que los sitúan con las habilidades necesarias para poder emitir sus primeras palabras.

Se pueden señalar varias etapas en el comienzo de la producción del lenguaje, si bien no podemos olvidar que las primeras emisiones no son lingüísticas: el llanto, la tos y la risa son antecedentes del desarrollo lingüístico. El llanto es una emisión vocal no lingüística, pero es una forma de comunicación que antecede al desarrollo lingüístico; una motivación innata para la comunicación. Esto quiere decir que es una forma de comunicación, aunque no deciden cuándo o cómo utilizarla, como sí se hace con el lenguaje. Todos los bebés lloran y gritan